

chanekon, es decir, á la «pelota de pie», corren de 50 á 65 kilómetros en una tarde¹.

El carácter desnudo y monótono de los paisajes, rocas, arcillas ó arenas grises, interrumpidos por raros oasis de verdura, ó que no ofrecen sino malezas y hierbas raras, ha de encontrarse también en el carácter intelectual y moral de las agrupaciones humanas que viven en esas comarcas de sequedad y de calor. La vida apenas puede cambiar muy débilmente ese medio formidable y violento: los pensamientos y las costumbres quedan casi idénticos de siglo en siglo, muy sencillos, sobrios, precisos, imperativos en su uniformidad.

Pero en cabezas calentadas por los rayos de un sol ardiente, nacen fácilmente las cóleras y los furios. En esas comarcas las venganzas se persiguen con una rabia feroz, y en los grandes movimientos nacionales, en las guerras de independencia ó de invasión, los naturales fanatizados llevan la intrepidez hasta los extremos límites de lo posible, hasta lo imposible ha podido parecer durante ciertos períodos de la historia, especialmente cuando las primeras invasiones mahometanas y en la repentina rebelión de los madhistas contra los invasores ingleses.

El contraste absoluto de esas regiones secas por la atmósfera, áridas por el suelo, nos le suministran las comarcas en que la humedad del aire y la abundancia de las lluvias hacen casi imposible la estancia del hombre. A este respecto, la costa occidental del Nuevo Mundo presenta notables contrastes.

Mientras que en ciertas partes del litoral, así como la península mejicana de la California, es decir, el «Chaud Four», y las playas del Perú meridional, apenas tienen más habitantes que mineros, pescadores de perlas y rudos comerciantes en metal y en sales químicas, las dos regiones lluviosas del norte y del sur, por un lado el litoral del Alaska y por otro el archipiélago de los Chonos, han permanecido igualmente desiertos, á pesar de la riqueza forestal de la comarca, la fertilidad natural del suelo y la excelencia de puertos resguardados.

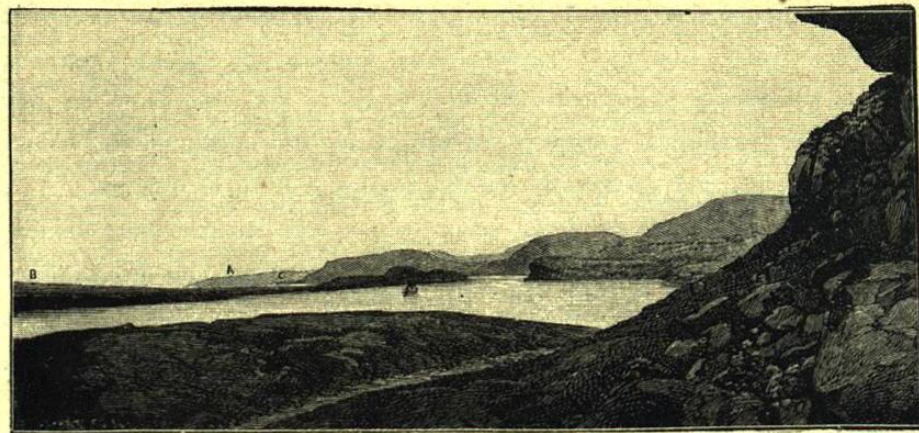
La ciudad de Juneau, que, aparte de los lugares auríferos, alternativamente invadidos y abandonados por los buscadores y los mineros, es, como aglomeración normal, la más considerable de los parajes del

¹ Mac Gee, *The American Anthropologist*, octubre 1895.

norte, permanece, á pesar de todo, siendo un pequeño centro industrial y administrativo, aunque convertida en capital del Alaska (1903) y, á pesar de que la explotación de las minas, de los bosques y las pesquerías de salmones permiten enriquecerse allí rápidamente, consideración primaria á los ojos de los americanos y de otros muchos.

Saliendo de la villa de Sitka, edificada en otro tiempo para los funcionarios rusos y que actualmente sirve de factoría á algunos negociantes, toda excursión es tenida por imposible. El agua se acumula en charcos en las desigualdades del suelo; hasta en las pendientes más empinadas, las raíces entretreídas de las coníferas retienen el agua de lluvia que hincha los musgos como enormes esponjas; caen las gotas de rama en rama; venas líquidas descienden por los huecos de los árboles; las ramas tronchadas, viscosas y medio podridas, cubren el suelo granítico convertido en fango corriente: que los aguaceros atraviesen el ramaje ó que el lodo suba de la tierra, ello es que se está siempre en un baño de agua ó de vapores. Desciendan las nubes ó suban las nieblas, entremezclándose incesantemente, el hombre se encuentra aprisionado en el fluido elemento que le empapa y le penetra. En tal medio, no es extraño que los residentes, harto escasos, lleven una vida monótona y falta de animación juvenil. La principal preocupación es buscar dónde refugiarse.

En muchas comarcas que bañan constantemente las aguas y las nieblas, no ha podido el hombre fijar su residencia, á pesar de las ventajas que podría reportarle: este es el caso, entre otras tierras del Océano Indico, de la gran isla de Kerguelen, que antes se creyó ser la punta avanzada de un continente austral; es de una superficie evaluada en cuatro ó cinco mil kilómetros cuadrados y ofrece superficies cubiertas de verdura que podrían fácilmente cultivarse; los rebaños, según las experiencias practicadas por el navegante James Ross, se desarrollarían allí tan bien como en las Falkland de los mares americanos, situadas bajo una latitud más próxima al polo. La posición geográfica de Kerguelen, —bajo el grado 49,—correspondiente á la de París, en el hemisferio septentrional, no es para espantar á los viajeros, y la temperatura media de la isla, de unos 4 grados centígrados, es la de Cristianía y de Moscou, ciudades cuyo clima es muy favorable á un vigoroso desarrollo del hombre. Además, Kerguelen, que posee excelentes puertos, perfectamente



ISLAS KERGUELEN

Panorama de Port-Gazelle, cerca de la cascada de la Pointe-Duck
 A; montaña, península, observatorio. — B; depósito de viveres.
 C; cabo Ashfeld, entrada de Port-Gazelle.

resguardados contra el formidable viento noroeste, se encuentra exactamente á la mitad del camino en la línea de navegación entre el Cabo y Melburne: compréndese fácilmente que el Gobierno francés haya tenido empeño en asegurarse la posesión de una tierra que, si se utilizase, podría tener grandísima importancia en la economía general del planeta; pero los marinos, los balleneros y los escasos naturalistas que han visitado Kerguelen para pasar allí algunos meses, entre la lluvia y las tempestades, no han referido su estancia de modo que animara á las tentativas de colonización, al menos en las costas occidentales, expuestas á tempestad eterna, rodeadas de una niebla intensa; ni los albatros encuentran donde anidar entre las rocas. Los hombres viven allí muy á su pesar y siempre con el deseo de abandonar cuanto antes aquella «Tierra de Desolación», así denominada por Cook en su viaje de 1776. Para acomodarse al clima, los insectos de la isla, especialmente las moscas, y la única mariposa indígena, han perdido las alas, porque sólo les servían de estorbo, ya que se verían arrastrados por el viento sin tener tiempo de abrirlas.

Por razones análogas, muchos valles tropicales, admirablemente fértiles ó muy ricos en metales, permanecen abandonados por el hombre, que se niega á vivir bajo lluvias continuas. Por esa causa han sido

¹ Studer, *Ausflug auf der Insel Kerguelen*, Berner Taschenbuch, 1881.

abandonadas las abundantísimas minas de oro de Caravaya, sobre la vertiente oriental de los Andes peruanos, durante todo el curso del siglo XIX, por los buscadores españoles, á pesar de su afán para la rebusca de las pepitas. Del mismo modo, las pendientes andinas del Ecuador, que se inclinan al Este hacia el surco profundo que recorre el Amazonas, permanecen casi sin habitantes, no obstante el valor de sus yacimientos y la variedad de sus preciosos vegetales.

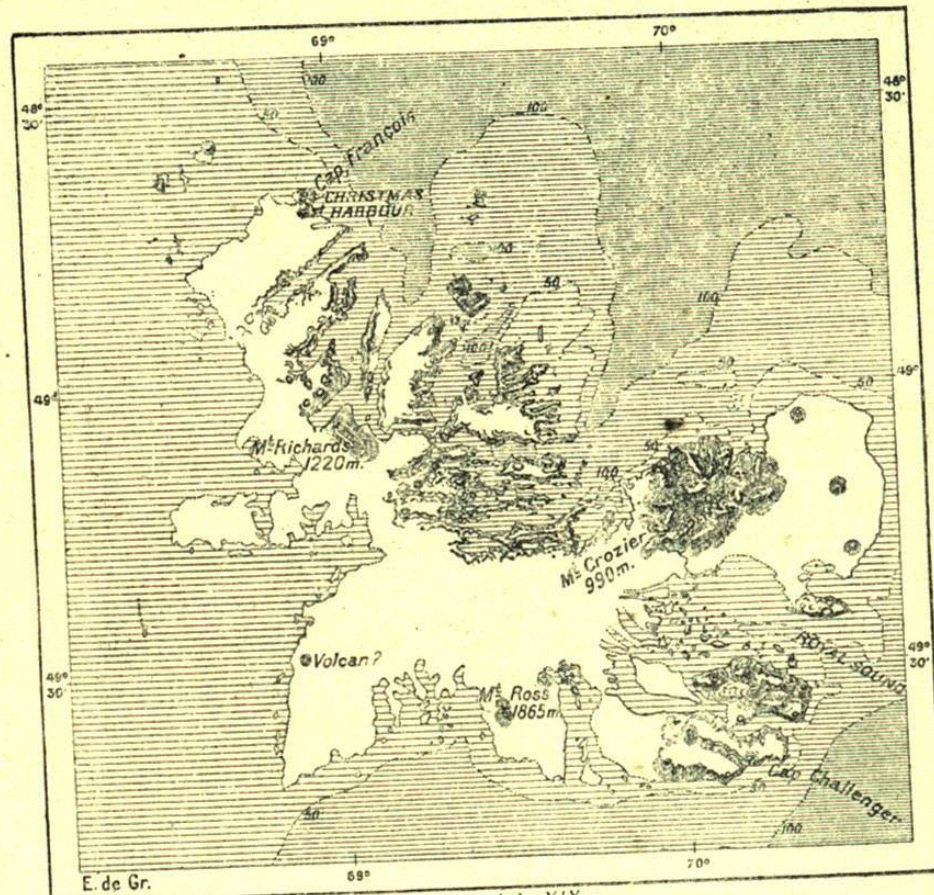
Muchas veces se han atrevido los aventureros á llegar á las torrenteras orientales de la Sierra Nevada magdaleniana, entre Río Hacha y Santa Marta, con la esperanza de recoger allí una gran cosecha de oro; pero las lluvias, que no faltan cada día, forman baches que son un medio favorable al desarrollo de los mosquitos y otros insectos, chupadores de sangre y portadores de microbios, acaban siempre por desanimar á los mineros. Por lo demás, es indudable que los obreros de mañana, con mejores instrumentos que los de ayer, más avisados científicamente y más hábiles para combatir las calamidades, se establecerán triunfalmente sobre los mismos lugares de donde sus antecesores huyeron.

En muchas comarcas donde la humedad del aire no es suficiente para impedir la residencia del hombre, la humedad del suelo pone en entredicho el país. Por eso en Irlanda los *quaking bogs* ó «turberas temblorosas» y, en muchas regiones del Nuevo Mundo, los *tremendales* y *tembladeras* son evitados cuidadosamente por los viajeros y no pueden dedicarse al cultivo sino después de mucho tiempo de haber dejado secar el suelo.

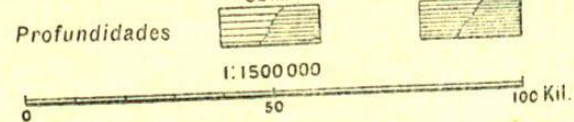
Recientemente aún, el interior de la gran isla de Terranova era país desconocido, á pesar de sucederse en el litoral muchas ciudades y villas á la orilla de las bahías pescadoras ó de las ensenadas resguardadas. Se hablaba de aventureros audaces que se habían atrevido á hacer viajes de exploración de una ribera á la otra, á través de las rocas, lagos, charcas, pantanos y los espacios cuajados de coníferas enanas, de tal modo entremezcladas que era imposible andar sobre el suelo; no había más remedio que andar sobre el mismo bosque, que forman una red compacta de ramas desiguales en las que el viajero puede guardar penosamente el equilibrio. Para hacer accesible la comarca, ha sido preciso abrir, á costa de grandes gastos, carreteras y ferrocarriles en los que, durante las tormentas invernales, los viajeros corren el peligro de verse bloqueados por las nieves.

Entre las regiones que parecerían inhabitables á la mayoría de los hombres, pero que, siendo habitadas, dan á sus residentes un género de vida completamente excepcional, ha de citarse la parte lacustre del alto Nilo, donde el río, detenido por el ribazo denominado el «Yugo de los

N.º 9. Kerguelen



Estado de los conocimientos al fin del siglo XIX



ríos», formaba en otro tiempo, durante la estación de las crecidas, un lago de dimensiones variables, sembrado de *sedd* ó grandes islas de hierbas.

Viviendo, si no en el agua, al menos en las riberas pantanosas ó en los *sedd* medio consolidados, los negros Denkas, y especialmente aquella

de sus tribus conocida con el nombre de Nuer, son ridiculizados por todos sus vecinos, á causa de su actitud de ave pescadora: muy altos, de piernas largas y delgadas, se les llama zancudos, y, como las garzas, suelen estar con una pierna fuera del agua, apoyándola sobre la pantorrilla de la otra pierna por la planta permanecer á lo menos una hora en esa Ponen con precaución el pie bajo el agua mor de aplastar un ser viviente, y retiran pie al aire sobre las ramas de las hierbas, suelo esté seco conservan esa marcha habitual Para pescar, suelen colocarse en

uno de esos nidos de hormigas blancas que se elevan en forma de obelisco en la llanura, más alto que en las regiones no inundadas, porque aquí las hormigas blancas se han visto obligadas á construir varios pisos, para subir, de tramo en tramo, en su morada de arcilla, según la altura de las aguas. Cuando se ve de lejos una larga

forma viviente, inclinada hacia la cima de la cabaña rojiza, no se sabe si aquel ser extraño es un pescador, con su cesto lleno de pescado, ó el gran zancudo



TIPO DE DENKA

Balaniceps rex, «el padre del zapato», como le llaman los árabes, á causa de su enorme pico en forma de calzado.

Los Denkas y los Nuers van siempre desnudos; los vestidos les incomodarían para andar por el agua, y las telas húmedas conservadas sobre la piel, serían causa inevitable de fiebres. Y, como sucede siempre, el uso se ha transformado en moral, por lo que los Nuers se avergonzarían de vestirse: les bastan las cicatrices del tatuado, los anillos, los brazáletes y las sortijas. Los cuidados del cuerpo exigen que se unten la piel para defenderse de la humedad: el Denka suele revolcarse alegremente por la ceniza, después de quemar hierbas secas, como hacen las mulas cuando se les quita el aparejo, y se levanta después todo gris, ó de gris azulado, cuando el color de la piel se transparenta bajo el polvo; pero el pastor rico, propietario de muchos rebaños, se unta todo el cuerpo con una substancia oleosa que cubre con boñigas regularmente aplicadas.

En muchos otros países del mundo, en la India y en la Indo-China, y sobre todo en el Matto Grosso brasileño, en el Gran Chaco del Paraguay y de la Argentina viven otras gregarias de hombres anfibios, análogos á la de los Nuers, que, como ellos, andan en el agua y disputan el pescado á las aves buceadoras, llegando á constituir su familia sobre un suelo tembloroso, formado de cañas podridas, que ocultan aguas profundas. Estos seres, separados de los demás hombres, son verdaderos prisioneros del pantano, donde todo natural que no estuviera gradualmente acostumbrado al medio perecería irremisiblemente.

Los Uaraun ó Guaraunos, que Humboldt describió después de otros viajeros y á quienes hizo célebres, son también cautivos de la naturaleza que les rodea. En la época en que les visitó el gran viajero, es decir, en los primeros años del siglo XIX, los Uaraun, cuatro ó cinco veces más numerosos de lo que son en la actualidad, habitaban aún en las cimas de los árboles en el período de las inundaciones, cuando todas las islas del bajo Orinoco, entre los cuarenta brazos fluviales, estaban cubiertos por el manto gris de las aguas desbordadas. Uniendo por sus extremidades terminales las ramas de cinco ó seis palmeras euterpe, establecen bajo ese múltiple techo de hojas un ligero suelo para sostener su morada aérea, dominando varios metros la extensión de la lámina

líquida¹. Este sistema de habitación no ha subsistido hasta nuestros días². En relaciones constantes con los europeos, de origen castellano al oeste, de lengua inglesa al este, los Uaraun poseen actualmente sólidas embarcaciones, que les sirven de casitas en cuanto la cabaña ordinaria es invadida por el río; cuando las aguas suben y se desbordan, no tienen más que entrar en sus barcos para dejarlas derivar hasta el fondeadero. Su género de vida se ha modificado también en cuanto á la industria y al alimento, que se limitaban casi exclusivamente á los productos de un solo árbol, la palmera mauricia. Pero, aunque medio civilizados, los Uaraun no dejan de verse obligados, por su medio, á proceder de un modo diferente al de las gentes de tierra firme en las mil circunstancias de la vida.

Así es que, para hacer caminos, no se limitan, como sus vecinos de los países emergidos, á abrir una trocha en el bosque, sino que después de derribados los árboles, los colocan transversalmente sobre la vía y los atan con cuerdas de fibras de palma; de este modo,



LANDESCOT

¹ *Voyage aux régions équinoxiales.*

² Plassard, *Bulletin de la Société de Géographie de Paris*, junio 1868.

cuando viene la crecida, todo el camino se levanta de un extremo á otro, sin modificarse, y se cambia en balsa flotante, y conforme ha subido, con el descenso de las aguas, baja y se fija nuevamente en el suelo. En cuanto á sus muertos, los Uaraun, repugnándoles enterrarlos en el fango, los envuelven en una espesa capa de arcilla y les suspenden en las ramas de los árboles, cerca de sus cabañas, ó los atan á sus barcos y los pasean por el río. En pocas horas quedan los cadáveres perfectamente disecados por los peces, y los restos de los padres se depositan piadosamente en cestos funerarios.

Hasta en la Europa civilizada, en medio de poblaciones urbanas, perfectamente acomodadas á las prácticas modernas, se han mantenido costumbres extrañas, impuestas en otro tiempo por el medio y justificadas, además, por las condiciones locales, aunque muy modificadas por los cambios generales que introduce la civilización. De ese modo, en la vecindad misma de la poderosa Hamburgo, el primer puerto comercial de Alemania y del continente de Europa, se ve á los jardineros y otros labradores de las tierras bajas ribereñas del Elba, atravesar aún la campiña empinados en zancos. En el este de la isla Noirmontier, hay salineros que viven á la orilla de los canales de las salinas, en chozas que construyen con barro mezclado con pedacitos de cañas, que recubren después con juncos y capas de barro para resistir el viento del mar. Aquellos habitantes no pueden caminar en la llanura sino sirviéndose de largas perchas que les permiten salvar los canales de un salto.

Respecto de los Lamusquets ó Landescots de Gascuña, en la proximidad de los lagos que bordean el litoral, ofrecen, andando, un espectáculo único en el mundo, dada la altura de sus zancos, algunos de más de dos metros. En aquellas praderas llenas de charcos sin profundidad, les hubiera sido imposible seguir sus rebaños de carneros si no hubieran añadido á sus piernas aquellos esbeltos zancos. Cuando se ve por primera vez un grupo de esos zancudos de las Landas, se siente una emoción extraña como á la vista de un prodigio. Vestidos con pieles de carnero, de oveja de lana raída por el tiempo, pasan gravemente haciendo media ó retorciendo hilo sobre los matorrales de helechos y juncos, como si fueran magos que tuvieran el poder de deslizarse sobre los tallos de las plantas sin doblarlas, y mientras el espectador queda casi sumergido en la maleza; ellos, por el contrario, parecen andar en pleno cielo sobre

los bordes del horizonte. Y parecen tanto más extraños cuanto más de cerca se les ve; porque, á pesar del razonamiento, la vista, lógica á su manera, no puede menos de tomar los zancos por verdaderas prolongaciones de las piernas, y las que parecen rodillas se doblan hacia atrás y no hacia adelante, como en los otros mortales. El gran bastón que los Lamusquets manejan con gran destreza, y que en ocasiones les sirve de balancín, de brazo ó de sostén, contribuye á la extrañeza de su aspecto: diríase que son gigantescas langostas. En algunos distritos aun no transformados en bosques por las plantaciones, todos los habitantes usan los zancos: hasta los niños no temen aventurarse sobre los zancos paternos, y con frecuencia véanse mujeres andando sobre la maleza, casi siempre vestidas de negro, que parecen grandes cuervos subidos sobre ramas secas.

La montaña es, entre los distintos medios que presenta la Tierra, uno de los que, por su conjunto de condiciones físicas, determina, con la mayor fuerza en sus habitantes, un carácter particular, hábitos y costumbres propias de singular y notable originalidad. Esos montes, levantados como murallas sobre las llanuras, contrastan bruscamente con los desiertos y las estepas que invitan al hombre al libre curso, al cambio de lugar en un espacio ilimitado. El mundo parece completamente cerrado por esos bruscos muros, y, frecuentemente, en efecto, el límite es tan preciso que parece marcado por las cortaduras de las rocas que forman la raíz de la montaña. Las poblaciones se aglomeran en su base, numerosas, activas, llenas de vida, como las aguas de un lago que baten el pie de los acantilados; pero más lejos, inmediatamente encima, comienzan las asperezas pedregosas, los espacios desnudos y desiguales evitados por el hombre.

Pero la presión de las poblaciones en busca de alimento hace penetrar en muchos sitios enjambres sociales por las puertas de sus muros, y aquellas regiones, en apariencia inaccesibles, se pueblan en las extensiones favorables á la estancia de los colonos.

Los países montañosos encierran, ocultos por los muros exteriores, espacios perfectamente limitados, mundos aparte bien distintos, que son bastante amplios y provistos de recursos para subvenir á las necesidades de una gran población, y destinados, por su mismo aislamiento, á